

*La voz de Lila*  
Chimo

---

Traducción de Ignacio Vidal-Folch

Título de la edición original: *Lila dit ça*

Primera edición en Libros del Silencio: junio del 2010

© Éditions Plon, S. A., 1996

© de la traducción, Ignacio Vidal-Folch, 1996, 2010

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2010]

Provença, 225, entresuelo 3.<sup>a</sup>

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

[www.librosdelsilencio.com](http://www.librosdelsilencio.com)

Diseño colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Diseño cubierta: Nora Grosse, Enric Jardí

ISBN: 978-84-937856-1-1

Depósito legal: B.22.573-2010

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

## Prólogo

### *El enigmático monsieur Chimo*

A principios de 1996, con motivo de la publicación de esta novela, se levantó un cierto revuelo en la prensa literaria francesa, que luego se transmitió a la española. Una bruma de misterio realzaba el interés del libro. El nombre del autor, Chimo, era a todas luces un seudónimo, que según el editor correspondía a un joven francés de origen árabe que nunca antes había cogido la pluma y que, a través de su abogado, le había remitido el manuscrito desde la celda de la cárcel en la que cumplía condena. Como para refrendar esta intrigante procedencia y autoría, la edición francesa incluía la reproducción de una página del manuscrito, de caligrafía pueril, salpicada de faltas de ortografía y con una puntuación caótica. Parecía el texto de un «buen salvaje», de un ágrafo.

Como la novela empezó a despacharse bien en las librerías, todos entraron al trapo del enigma. ¿Era el tal Chimo verdaderamente una flor de estercolero, un joven aculturalizado pero dotado de notable sensibilidad, talento natural y

un innato sentido de la ficción? ¿O, por el contrario, detrás del seudónimo y la confusa leyenda del presidiario-escritor se ocultaba un autor consagrado con ganas de hacerle una jugarreta a la crítica? Esto último no sería ninguna novedad: alguna vez sucede en Francia que un novelista publica un nuevo libro bajo seudónimo para darse el gusto de verse celebrado por los mismos críticos que últimamente le reprochaban su falta de inventiva y por los editores que le recibían con insufrible condescendencia. El célebre programa cultural televisivo de Bernad Pivot *Bouillon de culture*, publicaciones como *Le Nouvel Observateur* o *Le Monde* y varios escritores dialogaron sobre el asunto, sin poder arrojar luz sobre éste.

En consecuencia, *La voz de Lila* fue iluminada por los focos de la atención pública y salió del numeroso y melancólico pelotón de las novelas que aparecen, permanecen durante tres semanas a la venta en las librerías y luego pasan a los almacenes de las editoriales, hasta que encuentran su último destino: la trituradora de papel. Olivier Orban, el editor de Plon, no paraba de frotarse las manos y de contar billetes: porque, fuera Chimo un presidiario literato o una inteligente superchería del señor Orban, el libro se encaramó a las listas de los más vendidos y sus derechos fueron rápidamente vendidos a una veintena de países, con lo que se convirtió en uno de los mayores best sellers de la literatura francesa de los últimos años.

El texto no desmerece el montaje publicitario ni los desvelos de Orban, ni los de los escritores y periodistas que han

intentado poner nombre y apellido al autor: según especulaba el crítico de *Le Monde* Hugo Marsan, «La atmósfera del relato podría estar inspirada por Vincent Ravalec. Hay momentos de gracia que evocan a Pierre Michon. Jean-Marc Roberts podría haber revisado la estructura. Y el erotismo, ¿estaría trazado por algún aprendiz de Navokob?». Si acaso pueda parecer que exageraba el crítico y se ponía estupendo al mencionar aquí a Michon y a Nabokov, no es menos cierto que se trata de una novela de construcción exacta y precisa, con una mecánica limpia, que avanza con frescura y sin titubeos desde la primera hasta la última línea. La superestructura moral de la que brota —el bondadoso carácter del infeliz protagonista y narrador, el transparente mensaje del texto— es políticamente correcta, pero también se advierte una salvaje alegría petardista en la redacción de ciertos pasajes, especialmente los de carácter erótico, una complacencia en ciertas frases y en ciertos personajes con los que puede burlar tranquilamente esa corrección: Chimo se nos presenta como lánguido y pobrecito, como predestinado al papel de víctima, pero también sabe reírse de todo con buena sombra.

*La voz de Lila* —y también su secuela, *J'ai peur* (Tengo miedo), publicada el año siguiente— se enmarca en la tradición canalla y rebelde de la literatura francesa, una corriente que va de Jean Genet (*Diario del ladrón*) a Mehdi Charef (*El té en el harén de Arquímedes*) pasando por Henri Charrière (*Papillon*) y André Pieyre de Mandiargues (*Al margen*); gente más o menos ilustrada que padece *nostalgie de la boue*, nostal-

gia del barro, y que se ve impelida a revolcarse en los barrios chinos y en las esquinas mojadas por los perros donde se apoya la crápula viendo pasar la vida miserable.

Como demuestran algunas películas de la última ola del cine francés, esa tradición encuentra nuevo espacio y posibilidades nuevas en los barrios y arrabales parisienses donde las comunidades étnicas procedentes de las antiguas colonias han instalado sus campamentos esperando la oportunidad de que la civilización occidental les permita integrarse en sus decadentes encantos y mudarse a la metrópoli.

En esos bloques de pisos desafectados y en esas calles degradadas aguardan más o menos en vano. La pesadilla hecha realidad de la vida del pequeño burgués, ese tipo de existencia alienada que algunos inconformistas definieron despectivamente con la expresión coloquial *metro-boulot-dodo* (o sea: metro-curro-sobar) resulta ser un ensueño para los vecinos de los arrabales, castigados por el desempleo y la aculturalidad. *La voz de Lila* lo explica con unos pocos, expresivos y decididos trazos de sabor costumbrista.

Grande es el prestigio de Francia como tierra de acogida de inmigrantes y mayor aún su tradición como patria de escritores. Estas dos tradiciones se juntan de manera tragicómica en los bloques de ciertos suburbios que hemos visto fotografiados en la prensa, cuyas paredes exteriores están decoradas con inmensos retratos de Baudelaire, Rimbaud o Victor Hugo. Los imponentes retratos de aquellos poetas rebeldes del siglo XIX sobre los muros de ladrillo pelado parecen decir

## PRÓLOGO

a los vecinos «leyéndome te redimirás» y excusar al suburbio de lo que, a pequeña escala humana, sucede en él.

Cuando se publicó este libro, los suburbios empezaban a aparecer en las noticias de la tele como focos donde latía la profunda y difusa insatisfacción de la segunda generación de inmigrantes, mayoritariamente magrebíes, nacidos ya en la dulce Francia. Era una sorpresa que ese malestar a veces se manifestase con revueltas más o menos violentas, epidemias de vandalismo, incendios de coches o enfrentamientos con la policía. Un fenómeno nuevo, inexplicado; esta novela fue de las primeras en contar —y explotar— tales ambientes y lo que en ellos late y padece y se queja, lo cual contribuyó, desde luego, a su éxito. En *La voz de Lila* la escritura, la literatura, también se presenta como la vía de escape del protagonista, hijo de inmigrantes, vástago de una familia desestructurada, sin oficio ni beneficio, ansioso de una imposible vida de serenidad y plenitud, que se esconde de la miseria y de la frustración entre los cascotes de una casa en demolición para dar rienda suelta a su inverosímil vocación de escritor y, allí, redimirse.

El otro ingrediente fundamental de la novela es un fuerte erotismo que cumple, por una parte, como sustituto narrativo o metáfora de los esquivos afectos y del amor, y, por otra, aligera el moralismo implícito y el triste descriptivismo del relato. En estos pasajes es donde el autor se emplea con talento de virtuoso y se explaya más a gusto.

Se trata de un erotismo de *voyeur*, que alcanza su apoteosis con la estelar aparición del mismo Diablo. El enigmático

## PRÓLOGO

Chimo cuenta con una potente imaginación erótica, tanto en la arquitectura de las escenas que propone como en los diálogos y en el uso de la metáfora, y al final del relato sabe, además, dar un inesperado e inteligente giro de sentido a los discursos lujuriosos de Lila y, por tanto, al sentido de la novela.

Supongo que el autor Chimo, del que no se han vuelto a tener noticias, desapareció porque empezaba a estar demasiado clara la naturaleza de la propuesta: ahora, al repasar estas líneas y las galeradas de la nueva edición, me parece obvio, por la sintaxis tan aparentemente abrupta como controlada al detalle, me parece obvio, digo, que la novela no es, como pretende, el conmovido testimonio de un chico marginal que redacta sus primeras frases, si no bien torneadas sí muy expresivas y desbordantes de autenticidad, sino una impostura elaborada e insolente, rescatada por su descaro, su frescura y su éxito. Desde luego, la entretenida alternancia entre discursos cándidos y pasajes de sordidez, entre buenos propósitos y pornografía, entre la melancolía de suburbio y el humor picaresco, a mí me compensó de mis denodados esfuerzos como traductor.

IGNACIO VIDAL-FOLCH

## Advertencia del editor francés

El manuscrito de este libro tiene una historia interesante. Nos lo entregó un abogado. Su cliente, el autor Chimo, cuyo nombre aparece en el texto, desea permanecer en el anonimato. No lo hemos visto nunca y nada sabemos de él.

El trabajo consta de dos libretas de tapas rojas y papel cuadriculado. No lleva título. Encontramos la expresión «Lila dit ça» escrita en mayúsculas en el margen superior de la página 7. Nos pareció que quedaría bien como título.

La caligrafía de Chimo, a bolígrafo Bic, ha sido difícil de descifrar. Nos hemos limitado a rectificar las faltas de ortografía. En algunos pasajes nos ha parecido oportuno corregir la puntuación, que era bastante vacilante. Hemos conservado dos o tres párrafos confusos.

## ADVERTENCIA

Pese a los acentos de sinceridad del texto, cabe la posibilidad de que se trate de una mistificación, de un engaño. En la editorial hay opiniones diversas: ¿se trata de un autor consagrado o de la primera novela de un joven escritor de talento? (En el texto, Chimo dice tener unos diecinueve años.)

Sea como sea, la sorprendente calidad literaria de este relato, enmascarado o no, nos decidió a publicarlo.

Se para y va y me dice:

—Ya ves que tengo cara de ángel, lo dice todo el mundo. Mira mis ojos claros y azules, darías hasta la camisa por ellos. Mira mi pelo qué rubio, mi tía dice que es como si miles de gusanos de seda hubieran cagado hilos de oro para mí.

De por qué me habla así ni idea. Luego dice:

—De mi piel mi tía dice que es el paraíso de san Lorenzo. Porque a san Lorenzo lo hicieron morir en una sartén, así que mi tía dice que se merecería pasar la eternidad acostado sobre una piel como la mía. Mira mis manos qué finas y blancas y suaves, cuando las junto, a Dios todo le parece bien.

Se calla un momento, baja la cabeza, luego la levanta, y luego me dice:

—Y de mi voz qué te voy a contar, ya la conoces. Es como una campanilla, también lo dice mi tía, como el viento en una pradera en el mes de mayo, porque así habla mi tía, que es más fea que un zapato viejo. Y encima ni lo sabe. ¿La conoces?

Le digo que no.

—Ella no lo sabe, así que se pintarrajea como la puerta de entrada de un parque de atracciones. Cada mañana tres horas delante del espejo con los pinceles, y total luego se queda en casa.

Aunque sí que conozco un poco a su tía, un día la vi asomada a su ventana rota en el sexto piso, insultando a gritos al mundo entero.

Luego me dice: mira qué brazos tengo, mira qué piernas, son así y asá, ya no me acuerdo de lo que decía su tía, sí, piernas para hacerle un precioso collar a san Cristóbal y pies para caminar sobre el mar. Pies que no se hundirían en el agua porque lo que pesa son los pecados y por eso se ahoga la gente.

Para su tía el mundo está montado así.

Estamos los dos juntos no lejos de la zona de arena, a esta hora los niños ya se han ido a casa, se oyen todas las teles iguales, empiezan los concursos de la noche, aquí todo el mundo sueña que la rueda de la fortuna se va a parar y apuntarles con su flecha, y luego están las radios

en árabe que a mí me cuesta entenderlas. Ves que los árboles no se mueven, como si fueran de cemento pintado de negro y luego el tío que trabaja de vigilante en los grandes almacenes Mammouth llega con su mobilette de segunda mano, y de tanto humo negro que echa te dan ganas de llamar a los bomberos y luego cada noche, para que no se la manguen, sube con ella por la escalera hasta el tercero como si el bloque fuese un circuito de motocrós.

Entonces de repente ella me dice:

—¿Te gustaría verme el chochito?

Yo no digo ni que sí ni que no, como si no entendiese, vamos. Aunque está clarísimo lo que ha dicho, espero un poco. La veo venir y por prudencia espero. No soy de los que saltan por la primera ventana abierta aunque fuera la luz sea bonita.

Entonces ella insiste con el coño:

—Mi tía, ¿sabes?, todo el rato me está pidiendo que se lo enseñe. Se pone delante y lo mira tanto rato que me agobio. Y cojo frío. Y ella venga a hablar y a dar palmadas. Que si es la puerta del valle feliz donde el clima siempre es templado y agradable. Me cuenta unos rollos que ni idea de dónde los saca, por ejemplo que dentro está encerrado un genio formidable que un día de éstos lo hará explotar todo, si encuentra el abrelatas de Alí Babá.

Y luego esto y aquello. Su tía se pasaba el santo día dedicándole poemas a su coño. Que si una joyita de seda rizada así, con la lengüecita durmiente y los pliegues bien juntitos, no se marchitará nunca. No como su viejo felpudo gastado (dice Lila). Que si es tan rubio que podría servir de linterna cuando uno se siente perdido en la vida... Que si con los ojos cerrados sólo por el olor lo puedes seguir remontándote hasta la fuente que mantiene los órganos jóvenes. Que si es una plegaria, un bálsamo, una isla del tesoro y la golosina de Jesucristo.

Ya es la segunda vez que me da la vara con su coño. La primera vez sólo una pregunta como quien no quiere la cosa, y luego nada, como si se hubiera olvidado del asunto. También por eso callo y espero, a ver hasta dónde llega. Saber si de verdad tiene de qué presumir.

Tampoco os sorprendáis (vosotros que ahora a lo mejor me estáis leyendo) de que yo, que vivo casi enfrente del centro islámico, no pare de hablar de san Lorenzo y compañía. Porque su tía sí que es cristiana y Lila seguramente también. Cristiana de qué, no tengo ni idea, ni de por qué ni cómo, a lo mejor es para llamar la atención, o quizá le viene de familia. Dicen que su tía cuando abre al cartero se santigua. Y que de tanto hablar de santos se va a atragantar. Y el paraíso y la Virgen María los mete en todas partes, y que sea superbendito el nombre del

ángel Gabriel y también los demás, menos san Pablo, a ése no lo traga, porque es un machista increíble, haber hecho santo a ése fue un error garrafal, dice.

Yo estoy escribiendo todo esto, pero quien habla de religión no soy yo, es la tía de Lila. Para empezar, a mí Dios me la suda porque de mí ha pasado mucho, y además no tengo el gusto, y a los santos tampoco. Mi padre cuando rondaba por aquí decía no le des más vueltas, no hay nada, nada.

¿Y ella por qué es rubia? Porque seguro que las noruegas pasan las vacaciones en otros sitios. Lila es la única rubia natural de la zona, fijo. Tan rubia que parece una mancha. Mi padre decía que antes había un montón de rubias de bote como teñidas por el diablo, pero ahora el islam ha dicho basta, hay que respetar el trabajo de Dios, si te ha hecho feo y patapalo él sabrá por qué.

O bien se tiñen un mechón oculto bajo el fular, o incluso el pelo del coño para estar seguras de que en alguna parte resisten.

Me vuelve a decir:

—¿No me quieres ver el chochito?

—¿Cuánto cuesta? —le digo.

—Tú mismo.

—No tengo nada.

—Ya sé que no tienes nada —me dice—. No hablaba de pasta. No te lo digo para que pagues. Ya sé que no tienes nada. Aquí nadie tiene nada. Si quisiera cobrar por esto me iría a otra parte.

—Entonces ¿por qué lo dices?

—Porque sí, por darnos gusto. Pensaba que te gustaría.

De verdad que cuando habla hay como cosquillas en el aire. No sé muy bien cómo explicarlo, estas cosas no se ven, se sienten. Su voz agita todo lo que hay por ahí y eso que no habla alto. Cuando habla hasta los árboles, que parecen de cemento, reaccionan. Según su tía, que se lo ha comentado al cartero, es la voz de la pureza, es la voz que canta en los arroyos y que provoca las guerras.

Tengo notas por todas partes y estoy intentando pasarlas a limpio. Me doy cuenta de que he empezado la libreta al revés dejando la línea roja a la derecha.<sup>1</sup> Pero ya es demasiado tarde para volver a empezar, escribo muy poco a poco, procuro no hacer faltas, espabilo pero no sé si llegaré al final. Es increíble la de tiempo que tardo, el trabajo que cuesta, no me lo imaginaba. Nunca he leído un libro entero, así que escribirlo ni te cuento.

1. En efecto, el primer cuaderno del manuscrito empieza al revés, con el margen a la derecha.

Sobre el color rubio y de dónde vendrá ella con su palidez y sus cabellos de ángel del trigo, parece que su tía, que es castaña-gris un poco morada, dice que viene de lejos, a veces se remonta a cuarenta o cincuenta generaciones y hop, de repente sorpresa, llega una rubia a una familia de morenos, y ni los expertos en la materia saben por qué, es como si una mañana en el parking del bloque H apareciera un Mac Laren.

Y venga:

—¿De verdad no quieres que te lo enseñe?

—¿Por qué quieres enseñármelo?

—Ya te lo he dicho. Porque esta noche tengo ganas.

Con esa voz que es como un hilo en el aire.

—¿Y las demás noches no? —le digo.

—No tiene por qué.

—¿Y eso?

—Ah, pues porque no eres el único.

—¿Así que se lo has enseñado a otros?

Pero ahí ya no me contesta y se pone a cantar una cosa de Vanessa Paradis como si las palabras salieran sin que ella tuviera que mover los labios, sólo viento con notas.

Entonces yo, claro, viendo que estamos solos y que quizás es ahora o nunca, le digo que sí, sí, bien pensado sí, quiero verlo.

—¿Quieres mucho rato o poco?

No entiendo muy bien qué quiere decir. A veces soy lento.

—¿Mucho o poco? —repite.

—¿Qué diferencia hay?

—Cuando es poco me levanto la falda, sólo una mirada, no llevo nada debajo. Mucho rato es en el tobogán.

—El tobogán tampoco es mucho rato —le digo.

—¡Mierda! —dice—. Mira que eres cargante a veces. Es gratis, no me lo has pedido y encima te quejas. ¡Por una vez que tengo ganas contigo! ¡Si no, cortaba ahora mismo! ¡Y te advierto que luego, ni aunque supliques! ¡No me vengas llorando con que otros lo han visto y tú no!

Su voz no te hace daño ni cuando se cabrea. Más bien es como una caricia de cólera o como la lengua de un perrito que aprende que la vida es dura. Y de todas formas por aquí todo el mundo grita hasta para decir buenos días y qué tal te va. Nunca te va bien, todo es un asco, una vida hecha de pedazos de inutilidad, por la mañana no tienes proyectos ni planes para la noche, cuando te despiertas sólo piensas en volver a dormirte, que venga la noche ya, que llegue, si no a arrastrarse y a joderse y sin un duro y nada de nada.

Así que de repente la idea de verle el coño es como si te tocara el gordo, o como un viaje en barco. Algo. Mi corazón ha sido informado, está como un sol.

—El tobogán —digo.

Sé que otras chicas lo han hecho, pero más pequeñas. La verdad es que más bien es un rollo de niñas. Luego, cuando crecen, ya no se atreven. No vaya a ser que pase un hermano musulmán con sus uñas negras.

Tengo diecinueve años. Ella tiene dieciséis y pico, creo. No estoy seguro.

Ya es de noche y no hay nadie. Bakary, Ali, Petit Maurice y Grand Jo están de viaje de bisnes por La Courneuve. Se habla de trincar una partida de mantas eléctricas, yo no me meto en esa clase de golpes, a veces se enfadan, pero yo de verdad que paso.

Nada, ni pizca de viento. Las luces de las ventanas están encendidas, pero fuera aún hay claridad. Estamos a principios de junio. Hace lo menos dos meses que no llueve. Crees que respiras aire, y es polvo que se te mete dentro hasta por la noche.

Se sube al tobogán por la escalerita de madera y yo me quedo con los pies en la arena, más bien me desplazo un poco para ponerme frente a la rampa.

Se sienta allá arriba, arriba del todo, sin decir nada. Me sonrío. Todo esto para mí solo. Se levanta la falda, que

es tirando a azul cielo (me olvidaba de decir que siempre lleva faldas y que eso también la distingue), pero de momento aún tiene las piernas juntas y rectas y los pies levantados. Luego se lanza cerrando los ojos y en ese momento, ése es su truco, separa las piernas en una gran V y yo estoy ahí sin aliento, es verdad que no lleva nada debajo, sólo veo su coño que me mira bruscamente y que baja por la curva, rubio y rizado de verdad, lo juro, es como la cola de los aviones de papel que hacen los niños en el cole, sólo que está menos definido, no empieza en ninguna parte y no termina en ninguna parte, pero es dorado, es el triángulo envuelto en bruma de oro que se lanza hacia mí en la curva, no veo nada más, la estrella de debajo, ¿cuánto dura? Apenas el tiempo de decir joder hostia joder hostia santa e impacta en la arena. Luego seguro que habrá que sacudirle el polvo. Para soñar en convertirme en un cepillito de pelo suave. ¿Me oyes, tú, allá arriba? Tú, el de los milagros, haz, señor, que me convierta en un cepillo.

Pero no ha terminado, porque se levanta dando palmaditas a su falda azul cielo, con la mirada baja, muy atenta y cuidadosa se acerca a mí por la arena con esas piernas con las que podría bailar en las nubes, y cuando llega a mi lado se para, me mira levantando la cabeza y me dice:

—¿Lo has visto bien?

—No —digo.

—¿Por qué?

—Ha sido demasiado rápido.

—Así es el tobogán —me dice con sus ojos transparentes—. No es culpa mía, no he ido rápido adrede. No puedo ir más lenta, ya lo sabes, a menos que me sujetasen con una cuerda. Además —me dice acercándose todavía un poco más—, cuanto más rápido mejor.

Le pregunto por qué y me dice:

—No son cosas que se miren mucho rato.

Estoy allí y no sé qué decirle. Hay veces como ahora, que me deja mudo. Tengo la lengua llena de arena del Sahel, no sé qué es el Sahel, pero aquí se oye hablar de él.

Así que nada, no le contesto. Me enseña un momento más su carita blanca de inocencia, te juro que te sacaría lo que quisiera esa cabecita tan fina y pura que no te atreverías a tocarle ni un pelo, un rostro celestial, te digo, de lirio, de joven santa tal como las imagino.

Entonces, va y me dice:

—¿Me estás mirando la cara?

Le digo que sí.

—¿Te gusta?

Vuelvo a decirle que sí.

—A todo el mundo le gusta —me dice—, pero ¿la has mirado bien? ¿Estás seguro de que la has visto bien?

—Creo que sí —le digo—. Pero es verdad que está oscureciendo.

—¿Te has fijado en mi boca? —me pregunta (esto que cuento fue ayer).

Le digo que sí y repite:

—No, en serio, mírame la boca. ¿Me ves la boca? ¿La ves bien? ¿Te has dado cuenta de lo pequeña que es?

Le digo que sí, que me he fijado.

—¿A que es increíble? —me dice muy seria, con sus grandes ojos abiertos hacia mí, transparentes de puro azules.

—¿El qué? ¿Qué es increíble?

—Que una boca tan pequeña —me dice— se pueda tragar una polla gorda.

Y lo dice tal cual, no me invento nada.

La miro y no le digo nada. Creo que me he quedado sin aliento. Pero no digo nada. Vete a saber si podría hablar.

—Es que no me lo podía creer —me explica sin moverse—, el otro día hasta tuve que mirarme en un espejo mientras estaba chupando una muy gorda. No parecía mi boca. Abierta como un bolso. Como una serpiente tragándose un cordero. Y la polla entera dentro,

hasta los huevos, vete tú a saber de dónde sacaba yo sitio, hasta me hacía un bulto en la cara, aquí en la mejilla. Si no lo veo no lo creo, qué elástica es la carne de los labios. Más aún que el culo. Se estira, no sé si me entiendes, se deforma, se hace tan ancha que asusta. Me gusta mucho verme mamando. Me gusta hacerlo y al mismo tiempo asisto a un espectáculo, y además gratis. Ni te cuento qué sensaciones, sobre todo cuando la leche tibia se derrama y se me desliza por las mejillas y recojo un poco con la punta de la lengua. Pero sobre todo, cuando me doy ese gustazo lo que más me gusta es pensar en un angelito corriéndose.

Casi no la conozco, la conozco de buenos días, buenas noches y cuatro frases más. Ahí, en la arena, es la primera vez que me habla, con su voz de melodía que la seguirías a través del alambre de espino, su voz que nunca es culpable, que hace daño pero no adrede, una voz para creer en milagros y para anunciar la salida de aviones que no regresarán nunca, en aeropuertos de ensueño.

Estoy allí plantado, tiemblo.

Y seguro que lo nota.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta.

—Chimo.

—Yo soy Lila, como la flor. ¿De dónde viene Chimo?

—No lo sé.

Ahora sale del rectángulo de arena, se sacude los zapatos de tela blanca, como una bailarina, y se queda allí balanceándose sobre el bordillo de madera, se inclina hacia delante, se inclina hacia atrás, casi pierde el equilibrio, se agarra a mi brazo y sonrío.

Yo ya no estoy allí, no sé dónde estoy, pero no estoy allí. La prueba es que ya no me mira. Mira distraídamente el bloque F, luego el C, luego la torre. Oscurece aún más, trescientas o cuatrocientas ventanas iluminadas a nuestro alrededor, pero su pelo brilla más que nada en el mundo. Me da la espalda, sin mover la cabeza del todo hacia mí me muestra el perfil, me siento más tonto que tonto, quisiera que la noche abriese la boca para tragarme y su perfil se recorta en la luz. No tengo palabras. De alguien como ella no puedes decir que es una cerda, una tía, ni una chorba, ni un chocho, ni una nena. No le va, eso no le cuadra, ni siquiera puedes decir una chica. Es única, se necesitaría una palabra sólo para ella.

Y ahora se va suavemente haciendo equilibrios sobre el bordillo de madera, con los brazos abiertos, señalando al suelo con los dedos. Ya hace rato que no me mira. No estoy seguro de cuál de los dos existe, ella o yo.

Ella se va y yo me quedo.

Esta vez no me dice nada más.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS  
EN EL MES DE JUNIO DE 2010

S

*Evasión, evasión, esfuerzo de imaginación, aquí todo es gris,  
los muros, las almas, las ratas, la noche.  
No pienso en mañana, porque el mañana queda lejos.*

IAM

[www.librosdelsilencio.com](http://www.librosdelsilencio.com)